



**IZTAPALAPA**  
*Agua sobre lajas*

.....  
FRANCISCO PINÓN, *SER Y QUEHACER DE LA UNIVERSIDAD. CIENCIA, PODER, ETICIDAD*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, México, 2009, 83 pp., ISBN 978-607-477-042-1.  
.....

POR SILVESTRE MANUEL HERNÁNDEZ  
*Investigador de Ciencias Sociales y Humanidades*  
*silmanhermor@hotmail.com*

Desde la conformación y fundación de las primeras universidades, en el siglo XII, ha habido interrogantes internas y externas que se han agudizado de acuerdo con los problemas políticos, sociales y económicos de las naciones y del mundo. A principios del segundo milenio, los usos y abusos de la ciencia, los relativismos morales e ideológicos, el poder desbordado del ámbito de la política, así como las dos guerras mundiales, cimbraron todas las estructuras y referentes del ser humano, y la Universidad no fue la excepción. Por ello, no es de extrañar que en la década de 1930,<sup>1</sup> Martin Heidegger se preguntara por la esencia del saber y de la ciencia que da sustento a la Universidad, indagara sobre quiénes son profesores y alumnos, y llegara a una autorreflexión que develara la “esencia” y propagara la afirmación ante la Universidad.

El 2 de diciembre de 1970, Michel Foucault pronunció su lección inaugural en el Collège de France, titulada “*L'ordre du discours*”, donde aborda la “peligrosidad” de los discursos, el poder oculto en su circulación y materialidad, y sus espacios de legitimación y apropiación. El 23 de abril de 1982, Pierre Bourdieu hizo lo propio en el mismo lugar con su *Leçon sur la leçon*. Aquí encontramos un cuestionamiento acerca de la violencia simbólica con que se trata de imponer una “verdad”: se nos llama a no caer en los engaños

<sup>1</sup> Me refiero al discurso de toma de posesión del rectorado de la Universidad de Friburgo, 27 de mayo de 1933, titulado: “La autoafirmación de la Universidad alemana” [“*Die Selbstbehauptung der deutschen Universität*”]. En él, a Heidegger le interesaba recuperar, de la esencia griega de la ciencia, eso que determina desde lo más profundo la existencia como pueblo y Estado; y la ciencia como el poder que abarca y da rigor a toda la existencia. “La ciencia es el firme mantenerse cuestionando en medio de la totalidad del ente, que sin cesar se oculta” (Heidegger, 1989: 11)

de la cultura establecida, a ver que todas las acciones tienen un peso político en la sociedad, y a ser conscientes del capital cultural presente en las esferas pública y privada.

Tales situaciones, de una u otra manera, nos hablan de un *algo* que no está bien en las ramas del conocimiento y en las instituciones que lo avalan; critican la forma de hacer, empoderar y transmitir el saber. Esto se ha utilizado a principios del siglo XXI, con las políticas mundiales, dependientes de la economía y la tecnificación de los sectores humanos y materiales. Ahora, el conocimiento corre el peligro de volverse un artículo más del mercado; rentable de acuerdo con el beneficio que genere a los capitales en pugna. Ante esto, la Universidad tiene la obligación de ubicarse, cognitiva y éticamente, en el punto medio de las exigencias comerciales y las *razones fundantes* de su lugar en la sociedad, con las consecuencias internas y externas que ello implique.

En este contexto se inscribe el ensayo de Francisco Piñón, *Ser y quehacer de la Universidad. Ciencia, poder, eticidad*. Sobre su enfoque general y los argumentos esgrimidos en el corpus, conviene aclarar lo siguiente: el término *ciencia* está utilizado en su sentido más amplio, incluyendo su acepción lógico-matemática, las ciencias sociales y las humanidades, en cuanto “saberes racionales”; en este sentido, *ciencia* (*scientia*) tiene su raíz en la tradición humanista del Renacimiento. El concepto de *poder* también se remonta al de los siglos XIV-XVI, concretamente a Niccolò Machiavelli; el propio autor cita una de las máximas del estratega florentino: *La verità effettuale della cosa* (p. 19). Pero, en el desarrollo temático, *poder* tiene que ver tanto con un *poder hacer* (la razón en funciones) hacia el interior de la Universidad, como con un *poder de cambio* en la sociedad, gracias al poder del conocimiento; ambos, aunados a un *poder económico-político*, manifiesto en la expresión más cruda del neoliberalismo, del mundo globalizado. La *eticidad* se inscribe en el ámbito de la filosofía hegeliana, en particular en la “filosofía del derecho”, donde se distingue entre la eticidad (*Sittlichkeit*) y la moralidad (*Moralität*), al ser esta última la voluntad subjetiva, individual o privada del bien, mientras que aquella es la realización del bien mismo en las realidades históricas, la familia, la sociedad y el Estado. En el párrafo 142 se enuncia: “La eticidad es la idea de la libertad, como el bien vivo que tiene en la autoconciencia de sí su saber y su voluntad [...], la eticidad es el concepto de libertad devenido mundo existente y naturaleza de la autoconciencia” (Hegel, 1985: 165).

Ahora bien, los fundamentos que *hacen* a la Universidad se encuentran en dos espacios de acción: 1) el exigido tácitamente por la comunidad, la creación de conocimientos científicos, sociales y humanos, la difusión del saber y la cultura, la crítica al quehacer político-social del país que le da sustento; 2) el que se *debe* a sí misma en cuanto generadora de saber: cuestionamiento propio de su *ser* y *hacer* si se concibe como la casa de la universalidad y la pluralidad del ser humano, en relación con los valores éticos y los juegos de poder que se ocultan en cada uno de sus sectores y funciones.

El texto se desarrolla a partir de cuatro supuestos filosóficos: la ontología (*ser* de la Universidad), la axiología (su *deber*), la epistemología (sustento y razón de la Universidad), la *praxis* política (su *quehacer* interno y externo en la sociedad). La tesis sostenida

se puede sintetizar así: “las humanidades [...], son las únicas que pueden proporcionar a la ciencia y a la tecnología su dirección y significado ético y, por lo mismo, su sentido profundamente humano” (p. 40). La exposición está desglosada en cinco partes, interrelacionadas por su ser y quehacer particular y general.

Dos interrogantes guían el discurso: ¿Cuál es hoy la esencia de la Universidad? ¿Cuál es su tarea específica? Tales preguntas se hacen necesarias en un mundo desdivinizado, pesimista, preso de una modernización que de tan racional ha rayado en lo irracional, y ha llevado a la humanidad a una convivencia mecanizada y mercantilista.<sup>2</sup> Esto, en compañía de una sociedad fragmentada por los diversos poderes que se disputan su control, y de economías y religiones forjadas por intereses particulares. Todos ellos son hechos determinantes para la Universidad, pues en ella conviven el pasado, el presente y el porvenir en cuanto disciplinas del saber insertas en todos los sectores del ser humano. También, se le exige “que vislumbre dentro de la oscuridad, una luz y una llama para avivar el espíritu de lo mejor de las tradiciones universitarias” (p. 18).

Piñón inicia su estudio desde un parámetro ontológico-cognitivo; en “El ser de la Universidad (crisis y desafíos)”, se pregunta los porqués, los fines, los supuestos, los logros de la Universidad en cuanto expresión cultural forjadora de su tiempo, educadora y educanda. Esas inquietudes desembocan, para el autor, en la *condición humana*, en medio de sus crisis y desafíos.

Y al ser la Universidad un producto de la tradición cultural de Occidente y de la modernidad, en conjunción con un humanismo cuyos soportes son la razón, la verdad, el bien y la libertad, está obligada a cuestionar su propio mundo, el interno y el externo. Debe dar razones de los porqués, para qué y cómo del conocimiento y de los sujetos que lo hacen posible, a través de un presente que extrae del pasado aquello digno de mención y ejemplo en la cultura y en la ética. Pues: “La Universidad, por ser tal, tendría que tener como centralidad tarea (*sic*) la de recrear, ejerciéndola, su propia definición. Un *saber* abierto al *tiempo* y al *espacio*, lo propio de la ciencia, y un *saber ético* que permita que en esa *casa del hombre* [...] se pueda vivir en paz” (pp. 22 y 23). Sin embargo, Piñón revela el reto constante de la Universidad: el compromiso con la investigación y el carácter ético de sus proyectos, para sí misma y para con la sociedad.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> En tal ambiente se encuentra la juventud, la clase media, componente primordial de los centros de educación superior. Población conformada por imperativos culturales y existenciales donde lo efímero, lo maleable y lo transitorio *moldean* los proyectos de vida. Consecuencias de una política operante endiosada por el dinero, el poder (simbólico y de facto) y lo material, capitalizados en grandeza y triunfo. Desde luego, esto exige un cambio, empezando por un análisis de la producción cognitiva, material, humana y simbólica de los bienes circulantes, y continúa con un *para qué* y un *por qué* en cada espacio social y simbólico de los sujetos, en especial en la Universidad. Para tener un panorama más amplio de la juventud, pendiente de un intento por reducir el conocimiento a una mera fórmula técnico-instrumental vendible, de acuerdo con una pragmática inmediatista aspirante a sumir a la Universidad en lo mercantil (véase García Masip, 2007).

<sup>3</sup> A esto, se puede agregar la acertada observación de Pablo Latapí Sarre: “Las universidades debieran profundizar en la naturaleza del conocimiento científico y sus limitaciones: al conocimiento

En “Ser y quehacer de la Universidad”, se definen tales principios como tener en cuenta *lo universal*, *aprehender* la totalidad de los saberes y la cultura, valorarlos en su especificidad e individualidad. Sólo así la Universidad “se abre” a las posibilidades de la ciencia, a las responsabilidades consustanciales a ello; pero, sobre todo, debe alcanzar la proporción, el equilibrio entre el conocimiento y los individuos, el *sentido* universitario y el entorno social. Y esto, para el autor, sólo se da desde una perspectiva humanista donde la ética y la justicia van de la mano del saber. La Universidad:

debe preguntarse qué puede y debe hacer para orientar los enfoques y las *formas mentis* de nuestra “cultura” actual. ¿Qué tipo de planificación hoy se requiere en nuestros proyectos modernos? ¿Han dado resultado nuestras “revoluciones” educativas, embriagadas, sí, de “cientificidad”, de “tecnologización”, pero con muchas deficiencias en cuanto a *tiempos*, *presupuestos*, *oportunidades*, *alcances*, *socializaciones*? ¿Se ha tenido en cuenta los procesos culturales, el nivel de formación de los sujetos, la real disparidad de culturas, las diferentes tradiciones de los pueblos? (pp. 28 y 29).

Las anteriores son cuestiones ineludibles si se considera a la Universidad como la recreadora de los humanismos culturales y la rectora del espíritu nacional, amén de que en su seno siempre está latente el problema de la libertad de pensamiento, de acción, del fin social e individual.<sup>4</sup> Libertad independiente de las verdades apodícticas. “Porque es la libertad, en el conocimiento y estudio de todos los *saberes*, donde radia la esencialidad del quehacer de eso que llamamos Universidad” (p. 31).

Además, la Universidad es una institución histórica, humana, preocupada por el hacer del hombre: ciencia, arte, técnica, filosofía, política, todo aquello pendiente de reflexión, de análisis. Y todo contemplado desde la *razón*, que es el argumento central de su ser y quehacer. Pero, aclara Piñón, “una razón que tiene que tener en cuenta la *armonía* y el *equilibrio* en el *todo*. Que no pierda los horizontes de *universalidad* [ni] el sentido y la práctica de *Justicia*” (pp. 32 y 33).

científico que busca explicaciones, hay que añadir el ‘conocimiento cultural’ que busca significados. El primero es –podríamos decir– ‘computacional’, asume que la actividad fundamental de nuestra mente es procurar información, y que ésta es finita, unívoca, codificable, precisa y sujeta a comprobación. El segundo, el cultural, acepta que nuestra mente no existiría si no fuese por la cultura, y que por tanto lo que conocemos está dado por relaciones de significado, las cuales dependen de los símbolos creados por cada comunidad cultural, empezando por el lenguaje. Por esto la mente humana tiene una naturaleza diferente de la computadora más perfecta; puede descubrir y descifrar significados diferentes de un mismo hecho. Su función distintiva es comprender, más allá de la función del conocimiento científico que es explicar” (Latapí Sarre, 2007: 20).

<sup>4</sup> La autonomía universitaria, o libertad académica no significa tener la facultad de “hacer lo que se quiera” con el conocimiento, sino la libertad razonada y comprometida con el *saber*, que además de ayudar al desarrollo de un país y del género humano, permite el engrandecimiento espiritual y cultural de los individuos.

El tercer enfoque se titula "Universidad, poder y sociedad"; en él, el autor concibe al hombre como *cultura*, y a ésta como la creadora de la identidad; por tanto, la Universidad, en cuanto producto histórico, debe estar al servicio del hombre, dentro de un contexto y una sociedad específicos; su objetivo es la educación del individuo, la evaluación y crítica de las formas culturales desde una "racionalidad integral" que conserva las mejores tradiciones humanísticas de los pueblos. Mas en este proceso la Universidad también fragua ideologías sobre el conocimiento y su función social, aunadas a las plenamente políticas y de ensamblaje histórico. Y en este tenor es la "unión de lo diverso", ya sea como objeto de estudio o como respuesta a problemáticas particulares.

De manera conjunta, en la actualidad, el ser humano se encuentra inmerso en sistemas político-educativos demandantes de un saber especializado, de apegarse a cierta ideología del progreso. Ante esto, la Universidad debe situarse en el contexto histórico y no perder de vista el pluralismo y la interdisciplinariedad. Tampoco puede afirmar su independencia de los poderes estatales, obviamente en el campo del espíritu, si no se dedica a lo suyo: la ciencia y la investigación. Al mismo tiempo, la Universidad debe servir a la comunidad, determinar muy bien su lugar en el Estado y preservar su autonomía en la investigación y la enseñanza, pues su misión es el desarrollo intelectual dentro del Estado, teniendo en cuenta que la ciencia y la investigación le dan la autoridad moral ante la población.

Para el autor, las universidades tienen el reto de estudiar sus propias culturas y sociedades, a partir de las necesidades materiales y espirituales que sus componentes humanos y axiológicos le piden.<sup>5</sup> Por consiguiente, "nuestra Universidad no puede renunciar a lo mejor de su pasado histórico: *renovar y recrear*, con sus armas del espíritu, de la racionalidad, los principios de la humanidad" (p. 62). Ni puede dejarse controlar ni dirigir por el poder gubernamental o la economía planetaria, pues sería tanto como negarse a sí misma, hacer a un lado su esencia, sus mejores tradiciones y su identidad. Esto, bajo el precepto de que quien ejerce el poder debe saber que la libertad de sus intelectuales es el mejor signo de la salud de la República.

En "Las incógnitas y recreaciones del espíritu científico", Piñón fija ciertos momentos de la historia de la ciencia, para plantear tres interrogantes: ¿Cuál es la *esencia* del

<sup>5</sup> Jacques Derrida, en su conferencia "*L'Université sans condition*", pronunciada en inglés en la Universidad de Stanford (California), en abril de 1998, y vuelta a leer en marzo de 2001 en la Facultad de Filosofía de Murcia, sostiene: "La Universidad debería, por tanto, ser también el lugar en el que nada está resguardo de ser cuestionado, ni siquiera la figura actual y determinada de la democracia; ni siquiera tampoco la idea tradicional de crítica, como crítica teórica, ni siquiera la autoridad de la forma *cuestión*, del pensamiento como *cuestionamiento*. He aquí lo que podríamos llamar [...] la Universidad sin condición: el derecho primordial a decirlo todo, aunque sea como ficción y experimentación del saber, y el derecho a decirlo públicamente, a publicarlo. [Asimismo, precisa:] Las Humanidades del mañana deberían de estudiar los conceptos que las constituyen, la idea del hombre, los supuestos en que vive la Universidad, la historia de la profesión y del profesorado, el *concepto* de literatura como *institución*, la profesión de fe del profesor." (véase Derrida, 2002: 14, 65-70).

espíritu científico? ¿Cuál su recreación y su filosofía? ¿Cuáles son sus límites, su problemática y el porqué de sus incógnitas y la razón de su búsqueda? Esas demandas lo llevan a adentrarse en las visiones del mundo y del saber que han conformado la modernidad científica, filosófica y humana, y han legado a Occidente un corpus cognitivo y ético donde, a fin de cuentas, “es el hombre concreto el valor con que debe medirse todo el quehacer de la Universidad” (p. 64).

El ensayo concluye con “El ineludible qué hacer”; en esa oportunidad, preguntarse por el ser y quehacer de la Universidad es volver a plantearse el problema de la “condición humana”, porque es en la Universidad donde se discuten los temas locales, nacionales y mundiales, el *todo* de la existencia humana. Y ante los problemas y retos que enfrenta el mundo, el autor llama a un diálogo entre civilizaciones, religiones y culturas, y aboga porque la Universidad señale “los caminos por los cuales se nos ha ido la libertad perdida, proporcione los elementos teórico-políticos para la reelaboración de una ética y una nueva ideología mundial” (p. 78).

Pero también advierte sobre los peligros que acechan a la Universidad:

- a) Convertirse en una institución de puros “especialistas”, que *piensan pero no sienten*. Como una *institutio* puramente intelectual, aislada de la *vida*, de la *experiencia* (p. 79)
- b) De ser, en esta *globalización*, o posmodernidad, una cosa interesadamente inofensiva, a ideológica, casi ahistórica (p. 79).
- c) Olvidar y marginar lo mejor del pasado, aquel mundo que nos puede definir, ubicar, precisar, dar sentido. Y sumergirnos en una mera *visualidad* o virtualidad (p. 79).
- d) Perder su “peligrosidad”, convertirse en una disciplina *cosificada*, en simple técnica que no cuestiona los problemas de la existencia (pp. 79 y 80).

Señalamientos transformados en indagación: ¿la Universidad está en crisis, algunas de sus disciplinas o los universitarios? La respuesta es sí, después de ver las contradicciones sociopolíticas, económicas, administrativas e intelectuales que rondan la vida. Por eso: “la Universidad *debe*, pues, propiciar el *hábitat* para que la humanidad siga pensando con cabeza propia, según las propias culturas (diversas) de los pueblos” (p. 80). Lo cual lleva replantear las prerrogativas del ser humano en cuanto al “pensamiento libre”, esto es, a la libertad de pensamiento y de investigación que permita tener un lugar más sólido en el Estado moderno, intelectual y socialmente.

Ello es posible porque la Universidad tiene las herramientas para sortear tales crisis. Éstas son: “análisis de situaciones en y con sus diferentes disciplinas. Investigación y evaluación de resultados. Planificación de medios y fines, a largo y mediano plazo. Coordinar, orientar, dirigir, el elemento más importante que es en sí misma, el aporte

de *estudiantes y maestros*” (p. 82).<sup>6</sup> Y así, el espíritu científico reinará en su ser y hacer, teniendo al hombre como su rector, aquel que le da sentido a la ciencia, quien valora sus realizaciones y les da un peso humano.

Ante los puntos abordados por Francisco Piñón, me interesa precisar lo siguiente: tanto el discurso intelectual como los métodos de enseñanza son instrumentos de poder en la relación profesor/alumno. Lo “ético” en esta operación es dotar al educando de los conceptos, categorías y estructuras de análisis que le permitan criticar, poner en crisis, el sentido tácito o expreso del “relato educativo”, que implica subordinación o aceptación hacia un corpus doctrinal, ya sea la “autoridad del maestro” o la “aceptación de cierto tipo de conocimiento”, por el simple hecho de ser enunciado en ese espacio de legitimación cognitiva conocido como Universidad. Ambos binomios, profesor/alumno (poder coercitivo-cooperativo), aceptación/crítica del conocimiento (actitud pasiva-creativa), son determinantes para la formación y el desempeño de los individuos, no sólo en el interior del centro educativo, sino, de manera primordial, en el espacio socio-político que, invariablemente, será el campo refractario del saber/poder y del saber/eticidad.<sup>7</sup> Pues:

En la medida que aceptamos y deseamos ser aquello que nos piden y no participamos en la toma de decisiones acerca de algo tan esencial en nuestras vidas, como es la propia educación, somos más fácilmente manipulables y tendemos a cuestionar menos las estrategias de poder, permitiendo que las relaciones desiguales se perpetúen. A la larga, esto nos hace responsables de una serie de injusticias sociales, culturales y económicas que se crean, se establecen y se mantienen a través de los discursos de poder que no son cuestionados (González Esteva, 2006: 18).

<sup>6</sup> Debo anotar que en el texto no hay una reflexión directa sobre las características reales y aspiracionales de quienes dan sustento simbólico a la Universidad: los jóvenes, los estudiantes. Asimismo, falta la precisión de que los profesores y el cuerpo burocrático-administrativo (incluido el rector, jefes divisionales, departamentales y demás divisiones del poder universitario), funcionan de acuerdo con un discurso y una normatividad que sólo cuida las formas representacionales que ocultan su interés particular, en el mayor de los casos nada cognitivo.

<sup>7</sup> Esto, para no dejarlo en una simple deducción discursiva, puede contraponerse con las “políticas de modernización educativa” implementadas en México desde 1989, que responden a políticas neoliberales. Es así como a final de la *década perdida* los modelos educativos a nivel superior no ofrecían ninguna respuesta a los cambios que la sociedad exigía. Para los años 1994-2000, tales instituciones necesitaban una reforma en sus planes de estudio y una redefinición respecto de lo que aportaban a la sociedad. De 2000 a 2005, ante los pobres resultados del “mejoramiento educativo”, se da un nuevo intento por regular las universidades públicas. Y si esto imperó en lo “externo” a la Universidad, su estructuración interna no es muy “justa” que digamos. Como referencia, puede hablarse del poder real que sacrifica valores y méritos en aras de la conveniencia política; es decir, la lógica de la *realpolitik* universitaria que sólo actúa en función de los recursos para sus cotos de poder y deja a un lado la enseñanza y el aprendizaje. Para un desarrollo puntual de estos temas, véase Kent Serna, 2005.

Desde esta perspectiva, la educación es un fenómeno social que implica el análisis del marco en el que el fenómeno mismo se presenta, en alianza con una “puesta entre paréntesis” de las maneras de crear y difundir conocimiento, que empieza con la resolución de sus incógnitas procedimentales: ¿cómo?, ¿por qué?, hasta llegar a su aspecto externo, ¿para qué?, ¿cuál es su importancia en la vida del ser humano? A esas interrogantes es factible agregar, en el texto de Francisco Piñón: ¿Cuál es el ser de la educación? ¿Hasta dónde el conocimiento es un poder más entre los poderes sociales? Las irresponsabilidades académicas y éticas de los universitarios, en primer lugar de los docentes e investigadores, ¿qué tan “justas”, “racionales” y “éticas” son, cuando está de por medio “el destino humano”, al menos como categoría de análisis entre tanta incertidumbre?

## Bibliografía

Derrida, Jacques

2002 *La Universidad sin condición*, trad. Cristina de Peretti y Paco Vidarte, Trotta, Madrid, 77 pp.

García Masip, Fernando

2007 “Universidad y formas contemporáneas de juventud”, en *DIDAC*, núm. 49, Universidad Iberoamericana, México, pp. 57-62.

González Esteve, María Concepción

2006 “Educación y poder”, en *DIDAC*, núm. 47, Universidad Iberoamericana, México, pp. 17-21.

Hegel, Georg W. F.

1985 *Filosofía del derecho*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 340 pp.

Heidegger, Martin

1989 *La autoafirmación de la Universidad alemana. El rectorado, 1933-1934. Entrevista del Spiegel*, est. prel., trad. y notas Ramón Rodríguez, Tecnos, Madrid, XLIX + 83 pp.

Kent Serna, Rollin

2005 “La dialéctica de la esperanza y la desilusión en políticas de educación superior en México”, en *Revista de Educación Superior*, núm. 134, Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior, México, pp. 63-79.

Latapí Sarre, Pablo

2007 “Conferencia magistral al recibir el Doctorado Honoris Causa de la Universidad Autónoma Metropolitana (22 de febrero de 2007)”, en *Reencuentro*, núm. 50, diciembre, *La calidad de la educación superior: encuentros y desencuentros*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México, pp. 15-20.